



Fernando Almena Santiago

La piel del león

A Juan Cervera, in memoriam.

PERSONAJES

REY.
ATAJEL.
DUENDE DE LAS PLANTAS.
LEÓN.
BADUL.
ALHARA.
MUJER.
PEREGRINO.

Decorado y ambientación

La acción transcurre en un país imaginario y, preferentemente, en época medieval, si bien podría situarse en cualquier otra. El vestuario responderá a la época aludida, cuya vistosidad, colorido y riqueza son más apropiados para realzar el espectáculo que se pretende ofrecer.

El escenario estará dividido en dos partes:

Una zona pequeña en uno de los laterales, que representará el salón del trono del palacio real, cuya decoración estará reducida al mínimo, a fin de ocupar el menor espacio, si bien podrá ser cuanto lujosa y barroca se desee. Básicamente la compondrá el trono, elevado sobre un estrado y con un llamativo dosel. Puede existir algún escudo de armas.

Una zona general, que ocupará la totalidad del escenario restante y que representará el jardín del palacio. En ella tendrá cabida toda la ornamentación propia de un jardín. Como elemento indispensable existirá, al foro, un amplio conjunto de arbustos, tras los que se recortarán grupos de árboles. Este jardín, al principio de la obra, servirá para representar una parte de selva. Para ello, se dispondrán grupos de árboles o unos telones apropiados que, posteriormente, puedan ser retirados y que, unidos a la vegetación del jardín, produzcan la sensación de masa vegetal característica de la selva.

Debe señalarse el importante papel que ha de jugar la música en esta obra. Se escogerán fragmentos de música sinfónica, acorde con la trama y el clima que requiera la acción.

Izquierda y derecha, las del espectador.

Acto único

Salón del trono del palacio real, iluminado por el haz concentrado de unos focos. En escena, el REY, vestido con sus más ricos ropajes. La corona centellea sobre su cabeza como la estrella de un enamorado. En «off» suena un toque triunfal de trompetas, aunque algo desinflado. También unas voces, mayormente infantiles y no muy numerosas, corean: «¡Dios salve al rey!». El monarca sonrío y se pasea con regodeo de pavo real halagado.

REY.- ¡Dios me salve! Mis tropas regresan victoriosas. Sabía que venceríamos. La victoria es el fuego que alienta el corazón de los poderosos.

(Entra ATAJEL, importante militar y hombre de confianza del REY. Viste traje de guerrero, con espada al cinto y casco con plumero.

Zancajea con andares de avutarda. Sobre feo, es de mirar torcido, inquietante y tenebroso.)

ATAJEL.- (Al entrar.) ¡Dios salve al rey! (Se cuadra ante el REY.) Majestad...

REY.- ¡Oh!, Atajel. Me emociono al oír los gritos de alabanza de la multitud.

ATAJEL.- Cuatro.

REY.- ¿Cuatro qué?

ATAJEL.- Que éramos cuatro los que gritábamos: mis tres hijos y yo. El pueblo nada quiere saber ya de guerras.

REY.- Bien, cuatro es una multitud. Pero, dime, ¿hemos derrotado a nuestros enemigos?

ATAJEL.- Sí, majestad. A vuestro reino se suma ya el de Facundia, que hemos conquistado.

REY.- Ay, pero las conquistas son pasajeras como las estaciones del año. El hombre siempre termina por recobrar su independencia. En cuanto la ocasión sea propicia, los facundinos se sublevarán para reponer a sus reyes.

ATAJEL.- Imposible: los reyes de Facundia han muerto.

REY.- ¡Ah!, eso cambia la situación. Mi fiel Atajel, tu maldad y eficacia no tienen límites. Nada sería de un rey si no dispusiera del brazo ejecutor de un fiel general.

ATAJEL.- Se hace lo que se puede, majestad.

REY.- ¿Y el príncipe Badul?

ATAJEL.- Lo sabía.

REY.- ¿Qué sabías?

ATAJEL.- Sabía yo que me cazaríais. El príncipe ha huido. Es astuto y escurridizo como las carpas de nuestros estanques. Pero no temáis, lo capturaremos.

REY.- ¡Estúpido!, has dejado que escape. (Teatral.) Mi esperanza y mi gozo languidecen cual flores de un día. Organizará una revuelta. No podré dormir tranquilo mientras él viva.

ATAJEL.- Mis hombres lo buscan por la selva. Si no acaban con él, lo harán las fieras. No tenéis por qué inquietaros. El príncipe es hombre muerto.

(Se hace el oscuro, arropado por música sinfónica, quizá de Vivaldi. Inmediatamente, la iluminación general baña el escenario. La música seguirá sonando. El decorado nos traslada a un retazo de selva. La luz de un esplendoroso día inunda, casi heridora, el ambiente. De los árboles se derrama, alegre, el silbo de los pájaros. Con paso cansino, llega un LEÓN de aspecto fiero y cuidada melena, como recién salido de la peluquería. Se estira felinamente y ruge sin demasiado entusiasmo. Diríase que acabara de despertar de la siesta. De la maleza surge con aires de aparecido el DUENDE DE LAS PLANTAS. Es un duendecillo alegre y vivaz, y verde todo él, tanto su piel y su escarolada cabellera como su vestimenta. Se acerca al LEÓN. Cesa la música.)

DUENDE.- ¿Adonde vas, «leoncio»? (El LEÓN, por toda respuesta, se vuelve, lo mira y ruge débilmente. Todos estos rugidos del LEÓN pueden ser conseguidos mediante «play back».) ¡Ay!, cuándo lograréis hablar los leones... Podríais aprender de los papagayos. Cierto que no son muy buenos conversadores, pero, al menos, repiten lo que les digo. Te pregunto que adonde vas. (Nuevo rugido.) Es inútil. Fíjate en mí, no soy un ser humano, sólo el Duende de las Plantas y, sin embargo, sé hablar. Ni siquiera me alimento de carne como tú, sino de clorofila, y aquí me tienes, parlanchín como uno de esos bichos humanos a los que se ha dado en llamar políticos. Si no hablara, mal podría cuidar las plantas. Ellas tampoco hablan, pero no lo necesitan, les basta con el calor de mis palabras para que crezcan exuberantes. Y son obedientes, no se mueven de su sitio. En cambio tú, es que no paras. (Ruge el LEÓN con mayor fuerza.) No te enfades, sé que no soy el encargado de cuidaros a los animales, pero no lo puedo evitar, me preocupáis. Y a ti, «leoncio», te veo venir. Sé que vas a darte un baño en el río como todos los días. (Rugido.) No, si me parecería bien si no cometieras la locura de quitarte la piel. ¿No ves que puedes coger una pulmonía? (Ruge el LEÓN en desacuerdo.) Claro, lo único que te importa es no mojarte tu cuidada melena. ¡Presumido! ¡Chulo!, que eso es lo que eres, un chulito melenudo. (El LEÓN se quita la piel, la cuelga con primoroso cuidado sobre las ramas de un arbusto y hace mutis por el lateral izquierdo. Inmediatamente, se oye el ruido de una zambullida. Bajo la piel, el actor aparecerá con su cuerpo enfundado en un traje de malla de color rosáceo y con la cabeza cubierta por una media de similar color.) Muy bien, pues que te ondulen tu cabellera. No sé para qué me preocupo de ti, si tenía que despreciarte porque te comes a otros pobres animalitos... Tú te justificas con eso del equilibrio ecológico, pero no sé, no acabas de convencerme. Bueno, si te acatarras, allá tú. Pero no olvides que en la selva no tenemos veterinario.

(Muy ofendido, hace mutis por el foro. De inmediato, por el lateral derecho, aparece el príncipe BADUL, un joven agraciado cuyo rostro no enturbia más que el temor que trae dibujado en su expresión. Viste ropajes acordes con su alta condición y porta una espada de empuñadura reluciente.)

BADUL.- ¡Oh, Dios mío, estoy perdido! Si no me dan caza los soldados, me comerán las fieras. (Receloso, se mueve por escena y, de repente, se topa con la piel del LEÓN. Da un grito.) ¡Un león! (Retrocede unos pasos, asustado, y queda paralizado por el miedo.) Por favor, no me hagas nada. Mira (Arroja su espada al suelo.) , tiro mi arma como señal de que vengo en son de paz. No pensaba atacarte. (Se da cuenta de que sólo se trata de una piel.) Solamente es una piel. ¡Uf, qué susto me he dado! Será de algún león que haya muerto de viejo. Por lo menos no corro peligro. ¡Ah!, tengo

una idea. (Se acerca al lugar en que se halla la piel y la coge.) Claro, eso es: me pondré esta piel de león y burlaré a los soldados. Tampoco las fieras me atacarán, porque me creerán el rey de la selva. (Se coloca la piel.) Huy, me sienta fenomenal, parece hecha a mi medida. Lo más difícil será andar a cuatro patas, pero habrá que aprender.

(Perfectamente vestido de león, hace mutis por el lateral derecho. No se ha preocupado de recoger su espada. Por la izquierda, aparece el LEÓN chorreando y tiritando. Descubre que no está su piel y la busca, aterrado, por todo el escenario. Entre los arbustos vuelve a surgir el DUENDE DE LAS PLANTAS. Trae otra piel bajo el brazo.)

DUENDE.- (El LEÓN se cubre, pudoroso, el cuerpo con las manos.) Te lo advertí. Sabía que esta manía de quitarte la piel te iba a acarrear problemas. Te han birlado la piel. Lógico. No dirás que no te lo advertí. Ahora tiritas, ¿eh? Menos mal que estoy en todo. Toma, ponte esta otra piel. No es la apropiada para un león, pero por lo menos evitará que cojas una pulmonía. (El LEÓN la rechaza con un rugido.) ¿No te gusta? Pues es la única que he encontrado. Es del antílope que te merendaste ayer. Póntela y procura que ninguno de tus fieros hermanos te vea, no te confundan con un antílope y te traguen. Así ahora comprenderás el miedo que los pobrecillos antílopes pasan cuando se les acerca un león. (El LEÓN ruge con menos fuerza.) Tú verás, ¿antílope o pulmonía?

(El LEÓN, finalmente, cede y se coloca la piel del antílope. Se hace el oscuro. Suena de nuevo música sinfónica. Rápidamente vuelve la luz sobre el salón del trono y cesa la música. El REY está sentado cuando, de inmediato, entra ATAJEL con una espada en la mano.)

ATAJEL.- Majestad...

REY.- (Impaciente.) Qué, ¿habéis dado caza al príncipe Badul?

ATAJEL.- No, majestad. Parece que se lo ha tragado la tierra. Creo que ha sido pasto de las fieras. Mirad, hemos encontrado su espada.

REY.- Sí, eso es señal de que algún animal lo ha devorado. Un príncipe sólo rinde su espada a la muerte. Al fin podré dormir tranquilo. Muertos sus reyes y su príncipe, los facundinos no tardarán en acostumbrarse a mi mandato. No habrá más que un reino en el futuro.

ATAJEL.- Pero, majestad, habréis de cuidaros de nuestro pueblo, no le ha gustado lo que habéis hecho con el reino de Facundia.

REY.- ¿Yo? Habéis sido tú y tus soldados.

ATAJEL.- Por orden de vuestra majestad.

REY.- ¡Qué importa! En la guerra todo está permitido. Además, fue su rey quien me la declaró. ¿O fui yo? Es igual quien fuera. Me entusiasma la guerra, es como una música excitante que exalta mi ánimo.

(Entra la princesa ALHARA, una bella joven, cuyos hombros baña la cascada de su hermoso pelo dorado. Viste túnica de suave color. Su sonrisa franca y su risa pronta parecen indicar que se halla ajena a las maquinaciones de su padre y ATAJEL. Ambos, al verla, disimulan y adoptan una actitud beatífica.)

REY.- ¡Hija mía!

ATAJEL.- (Con una reverencia.) Princesa...

ALHARA.- (Sin prestar demasiada atención a ATAJEL.) Padre, he oído que ha terminado la guerra.

REY.- Sí, Alhara. Por fin terminó.

ALHARA.- Odio la guerra.

REY.- Y yo, hijita. Atajel es testigo de que yo no la deseaba. Fue culpa del rey de Facundia, que pretendió apoderarse de nuestro reino.

ALHARA.- Siempre habéis estado disputando por pequeñeces. Ignoro por qué.

REY.- Era él, yo no, ¿verdad, Atajel?

ATAJEL.- Sí, princesa, era él.

ALHARA.- ¿Por qué decís era?

REY.- Porque ha muerto, y también su esposa. Desgracias que traen las guerras. El fatídico sino sobre el que cabalga la muerte. (Casi con convincente tristeza.) Su hijo, el príncipe Badul, se adentró en la selva y ha sido devorado por una fiera. Atajel lo estuvo buscando para salvarlo, pero, por desgracia, llegó tarde y sólo encontró su espada. Una fatalidad más que añadir al infortunio.

ATAJEL.- Así fue. Un león se lo comió. Precisamente hemos conseguido darle caza cerca del lugar donde encontramos la espada y lo hemos traído.

REY.- (Contrariado, lanza una mirada terrible a ATAJEL, que se arruga.) ¿Y para qué lo has traído aquí? No me gustan esos animales asesinos, los detesto.

ATAJEL.- (Que no sabe qué responder.) Pues... pues precisamente por eso, porque es un asesino, para que lo juzguéis, majestad.

REY.- Ya está juzgado, matadlo.

ALHARA.- ¿Por qué, padre?

REY.- Por... porque es un asesino; ya lo has oído, se comió al príncipe.

ALHARA.- Es sólo un animal y no entiende de asesinatos. Es su instinto el que actúa.

REY.- Razón de más. Atajel, que lo sacrifiquen inmediatamente.

ALHARA.- No, padre. Deja que viva para mí.

REY.- ¿Cómo? Estás loca.

ALHARA.- Siempre quise tener un gato.

REY.- Pero éste es un gato demasiado grande y peligroso. ¡Me niego!

ALHARA.- Por favor, padre, lo meteremos en una jaula de robustos barrotes y así no habrá peligro.

REY.- (Cediendo.) Es una temeridad, hija mía.

ALHARA.- Alhara. (Zalamera.) Anda, padre, regálamelo.

REY.- Está bien. Construiremos una jaula en el jardín de palacio. Pero ni se te ocurra acercarte a ella.

ALHARA.- Claro que no, ni que estuviera loca.

REY.- Vamos, Atajel, ocúpate de preparar la jaula y encierra en ella al león.

(Oscuro y música de transición. Se ilumina la zona general del escenario. La escena se desarrolla ahora en el jardín real, cuya ambientación se ha conseguido con el decorado de la selva, al que se han introducido algunos cambios. La princesa ALHARA se encuentra junto a una gran jaula, desde cuyo interior la mira atentamente el príncipe BADUL, camuflado con la piel de LEÓN.)

ALHARA.- ¿Sabes, leoncito, que en estos meses que llevas a mi lado te has convertido en mi mejor amigo? Bueno, la verdad es que eres el único amigo que tengo. La amistad es un lago de limpias aguas, que dejan ver en su fondo los tesoros del alma. Mas mi padre asegura que no siempre la amistad es sincera. Por eso se afana en preservarme de amistades interesadas. Soy como una flor que todos pueden admirar, pero nadie oler. Ay, no sabes lo aburrida que puede resultar la vida de una princesa. Pero qué tontería, qué puedo contarte a ti, que eres el rey de la selva. Ya fuiste príncipe cuando cachorro. Seguro que tus padres no te dejaban jugar con otros leoncitos. (Breve pausa.) Te quiero, mi rey enjaulado. Si fuera una leona, me casaría contigo, porque estoy segura de que eres el más inteligente, el más hermoso y el mejor de los leones. No sé cómo pueden decir que te comiste al príncipe Badul. No me lo puedo creer. (Mete la mano entre los barrotes y le acaricia la melena. El LEÓN da muestras de sentir un irremediable gustillo.) ¿Ves?, si fueses malo, de un mordisco me habrías arrancado el brazo cuando te acaricio. Y lo hago siempre que no está mi padre. Él no me dejaría, es un miedoso. Si no fuera por él, te abriría la puerta de la jaula y te dejaría jugar conmigo como si fueras un perrillo o un gatito travieso. Es una pena que no hables, podríamos pasárnoslo muy bien. Yo te contaría cosas de palacio y tú a mí de la selva. (Pausa.) ¿Sabes una cosa? Esta noche tuve un sueño precioso. Soñé contigo. Fue como en esos cuentos de hadas que me contaban cuando era pequeña. Yo me enamoré de ti, y cuando te fui a dar un beso, te convertiste en un príncipe, al que había encantado una pérfida bruja. (Ríe.) Poco original, ¿eh? Los sueños son cuentos que narra la conciencia cuando se está en paz consigo mismo. Sólo los remordimientos impiden soñar. (Lo mira con una pizca de coquetería.) ¿No serás un príncipe, verdad? (El LEÓN da un rugido, que está muy lejos de parecerlo. Los rugidos del LEÓN encarnado por el príncipe no se realizarán mediante «play back», sino por imitación del actor.) ¿Lo ves?, si ni siquiera sabes rugir con la fiereza del león. Eso prueba que eres un león bueno. (Ríe.) O a lo mejor, un príncipe encantado, como en mi sueño. ¡Qué cosas se me ocurren!, eso sólo sucede en los viejos cuentos. Bueno, he de

volver a palacio, que mi padre no quiere que pase tantas horas a tu lado. Creo que está celoso porque te dedico más tiempo a ti que a él.

(La princesa ALHARA se aleja de la jaula. El príncipe BADUL pega la cabeza a los barrotes. Tanto en la escena precedente como en la que sigue, se mantendrá en la postura propia de un LEÓN.)

BADUL.- (Quedamente.) Esperad.
ALHARA.- (Se vuelve sorprendida.) ¿Eh?

(Al no ver a nadie, mira en todas direcciones y se acerca a las plantas del foro en busca de quien habló.)

BADUL.- (Con voz queda.) Soy yo.
ALHARA.- (Asustada.) ¿Quién habla? Nadie puede entrar a los jardines de palacio. Salga quien sea o comenzaré a gritar y vendrá la guardia.
BADUL.- ¡Chisttt...! No gritéis. Soy yo, el león.
ALHARA.- (Se vuelve hacia él. Sorprendida.) ¿Cómo! ¿Eres tú? ¿Acaso hablas?
BADUL.- Sí, hablo.
ALHARA.- Pe... pero no es posible, los leones no hablan más que en los cuentos o en los sueños.
BADUL.- Pues yo hablo, qué queréis que haga.
ALHARA.- Hablas, hablas. (Ofendida.) Y no te has decidido a hacerlo hasta hoy. Llevo meses habiéndote como una estúpida y no se te ocurre responder hasta este momento. Me has tomado el pelo.
BADUL.- No era prudente que lo hiciera.
ALHARA.- ¿Y por qué hoy lo es?
BADUL.- No sé si lo es. (Con timidez.) Además existe otra razón.
ALHARA.- ¿Cuál?
BADUL.- (Azarado.) No os la pienso decir.
ALHARA.- Creo que eres un león caradura. Te he abierto mi corazón, te he contado mis secretos y mis sueños creyendo que no me entendías. Cómo te habrás burlado de mí.
BADUL.- No, no lo he hecho. Habéis logrado que mi encierro fuese menos penoso. Vos soñabais con príncipes encantados, y yo con la hora en que vendrías a hacerme compañía.
ALHARA.- No te creo. Esto debe de ser otro sueño. Se lo diré a mi padre para comprobar si estoy despierta.
BADUL.- No, por favor, no se lo digáis a nadie. No os creerían y tampoco ya me dejarían en paz. Quiero que éste sea nuestro secreto.
ALHARA.- Una princesa no debe tener secretos con desconocidos.
BADUL.- Yo no soy un desconocido. Dijisteis que era vuestro amigo.
ALHARA.- Eso fue antes, cuando no hablabas.
BADUL.- Y el hecho de que ahora hable, ¿qué tiene que ver con nuestra amistad?

ALHARA.- Claro que tiene que ver. El hecho de que hables significa que no debo fiarme de ti.

BADUL.- No veo la razón.

ALHARA.- Las palabras forman un caudaloso río entre cuyas aguas se oculta el temible pez de la mentira.

BADUL.- De todos modos, os lo suplico, guardadme el secreto.

ALHARA.- No sé si lo haré. Y ahora debo marcharme.

BADUL.- Por favor, princesa, prometedme que no diréis a nadie que hablo.

ALHARA.- Lo pensaré. Mañana cuando vuelva a verte, te diré lo que he decidido.

BADUL.- Me dejaréis sin sueño.

ALHARA.- Está bien, os prometo que, decida lo que decida, no diré nada a nadie sin antes haberos advertido.

BADUL.- Gracias, princesa. Aguardo con impaciencia vuestro regreso.

(Mutis de ALHARA. Comienza a sonar música, a un tiempo que se hace lentamente el oscuro. Los grillos anuncian con su canto machacón el paso de la noche, y un gallo, la llegada del nuevo día. Luz a escena. BADUL y ALHARA, en la misma posición y lugar en que quedaron en la escena anterior.)

ALHARA.- Aún no he decidido nada. De momento, no revelaré tu secreto. Seguiré viniendo a visitarte todos los días y hablaremos de mil cosas. Debes de saber muchos secretos y leyendas sobre los animales de la selva.

BADUL.- Bueno, en realidad no conozco demasiados. Los leones apenas tenemos contacto con los demás animales. Nos temen y huyen en cuanto huelen nuestra presencia.

ALHARA.- Al menos me dirás cómo conseguiste aprender a hablar.

BADUL.- (Titubea.) Pues... no sé. Fue así, de repente.

ALHARA.- No me engañes. Ningún león es capaz de hablar. Ignoro si habláis entre vosotros, pero, desde luego, no el lenguaje de los humanos. El que tú hables tiene que tener una explicación y deseo saberla. Te la exijo a cambio de mi momentáneo silencio.

BADUL.- (Busca con rapidez una idea en su mente.) ¿Habéis oído hablar del Duende de las Plantas?

ALHARA.- Claro, todos hemos oído hablar de él, pero nadie lo ha visto. Creo que es un ser imaginario, fruto de la fantasía popular. Si existiera, alguien lo habría visto.

BADUL.- Os equivocáis, existe, pero sólo podemos verlo los animales. Bueno, y supongo que también las plantas, si es que tienen la facultad de ver.

ALHARA.- ¡Ah!, ¿sí? ¿Y cómo es?

BADUL.- (Dará una descripción muy diferente a la real del personaje que apareció anteriormente.) Es alto, muy alto, tanto como los más gigantescos árboles. Su cuerpo y sus brazos son marrones, de cada brazo le salen muchos dedos verdes y también su cabeza es verde y llena de pelos en forma de hoja. Por eso nadie lo

ve, porque lo confunden con un árbol.

ALHARA.- Oye, no me estarás contando un cuento, ¿verdad?

BADUL.- ¿Por qué, tan increíble os parece? Tampoco es creíble que hable un león y, sin embargo, ya veis...

ALHARA.- Está bien, perdona, continúa.

BADUL.- Pues el Duende de las Plantas tiene el poder de hablar el idioma de todos los animales. Entiende a todos y nosotros comprendemos cuanto él nos dice. También habla con las plantas, ya que es el encargado de decirles cuándo han de mudar sus hojas.

Habréis observado que no todos los árboles las cambian en invierno.

Él sabe cuáles son los fuertes que no necesitan mudarlas y los débiles que han de dejarlas caer antes de que se las arranque el viento o se las hielen los fríos. De ese modo evita que sufran.

ALHARA.- ¿Y qué tiene que ver eso con que tú hables?

BADUL.- Veréis. Un día, el Duende de las Plantas dormía plácidamente cuando una ráfaga de viento derribó un gran árbol seco y fue a caer sobre él. Yo me encontraba cerca y le grité:

«¡Cuidado!». El duende despertó y, de un salto, se apartó de la trayectoria del árbol. Agradecido porque lo había salvado de quedar aprisionado bajo el árbol, me dijo que formulara un deseo y que él, que tiene grandes poderes, trataría de complacerme. Pedí hablar el lenguaje de los humanos. Desde entonces pude hablar vuestra lengua y me dediqué a despistar a los cazadores. Cuando se acercaban a algún animal, gritaba: «¡Eh!, por aquí». Ellos creían que era otro cazador que los orientaba, y lo que yo hacía, justamente, era llevarlos hacia el lado contrario.

ALHARA.- Alhara. (Con cara de incredulidad.) Ya, y tú, el mayor cazador de animales, te dedicabas a salvarlos.

BADUL.- Claro, porque yo cazo para sobrevivir, y los hombres por pura diversión.

ALHARA.- ¿Sabes qué creo?, que tienes una gran inventiva. Me has contado un cuento. Me ocultas la verdad.

BADUL.- La verdad sólo es verdad si uno quiere creerla. Ésta es la mía y os ruego que la aceptéis, no me pidáis otra.

(Entre las plantas asoma la cabeza ATAJEL. ALHARA lo descubre y se estremece cuando ve que camina hacia ella.)

ALHARA.- (En voz baja y muy cerca de BADUL.) ¡Cuidado!, alguien se acerca. Espero que no se haya dado cuenta de que hablas. Voy a despistarlo. (Teatral.) Bien, leoncito, debo marcharme. (Con voz grave, imita la voz de BADUL.) No te vayas, princesa; voy a aburrirme. (Con su voz.) Comprendo que soy muy simpática, pero mis obligaciones me aguardan. Volveré mañana. (Con voz grave.) Adiós, princesa, te echaré de menos. (Con su voz.) Adiós, rey de la selva. (Simula que acaba de descubrir a ATAJEL. Con forzada simpatía.) ¡Oh, buenos días, Atajel!

ATAJEL.- ¡Hermoso día, princesa! Veo que os divertís con vuestro león.

ALHARA.- Así es. Si no me inventara conversaciones, me aburriría.

ATAJEL.- Claro, es una manera de divertirse. Pero tened cuidado y no os acerquéis tanto a él, no vaya a lanzaros un zarpazo. Si regresáis a palacio, permitid que os acompañe.

ALHARA.- Gracias, Atajel.

(Se oscurece el escenario y, simultáneamente, se ilumina la zona del salón de palacio. El REY está sentado en el trono. Entra ATAJEL descompuesto.)

REY.- Acércate, Atajel, y cuéntame ese asunto que tanto te inquieta.

ATAJEL.- Majestad, hace un rato iba paseando por el jardín cuando, al pasar junto a la jaula del león, oí voces. Me acerqué sigilosamente y descubrí algo terrible. Rey. (Se levanta sobresaltado.) ¿Le ha ocurrido algo a mi hija?

ATAJEL.- Tranquilizaos, nada le ha sucedido.

REY.- ¿Qué es, entonces, lo terrible que has descubierto?

ATAJEL.- Que el león habla.

REY.- (Suelta una carcajada.) ¡Estás loco!, un león no puede hablar.

ATAJEL.- Os digo que lo oí, majestad. Hablaba con vuestra hija.

REY.- Te estás haciendo viejo, Atajel. Mi hija le habla igual que yo hablo a mi perro, pero de ahí a que lo hiciera el león...

ATAJEL.- Os aseguro que no desvarío. El león le respondía.

REY.- ¿Y no sería la princesa que imitaba otra voz? De pequeña le gustaba poner voz a sus muñecas.

ATAJEL.- Eso fue al final, cuando debió de descubrir mi presencia. Pretendió despistarme. Majestad, si queréis, mañana podemos escondernos entre los arbustos y espiarlos. Veréis si es cierto o no lo que digo.

REY.- Yo no puedo prestarme a esa estupidez. Soy el rey.

ATAJEL.- Bien, pues si me lo permitís, yo haré de estúpido.

REY.- Si lo deseas, hazlo, no creo que te resulte difícil.

ATAJEL.- Gracias, majestad.

(Se apaga la luz de la zona de palacio y se enciende la general del escenario. De nuevo, el jardín real. La princesa ALHARA se halla junto a la jaula.)

ALHARA.- Quiero saber la verdad. Ayer me contaste un cuento y no aceptaré ninguna explicación que no sea real.

BADUL.- Lo siento, sé que es difícil guardar un secreto sin saber qué se oculta detrás de él. Es una prueba de confianza la que os pido.

ALHARA.- Lo siento, si no existe una razón especial, no podré ocultar que hablas. Ayer Atajel estuvo a punto de descubrirlo. Si mi padre se enterara por él, no perdonaría mi falta de confianza. Pero

no te inquietes, sólo se lo contaré a mi padre. Lo haremos partícipe de nuestro secreto.

BADUL.- A vuestro padre, no.

ALHARA.- ¿Por qué no a mi padre?

BADUL.- Porque sería mi muerte.

ALHARA.- No digas tonterías, mi padre es comprensivo y bondadoso.

Nada tienes que temer.

BADUL.- Esto me ocurre por idiota. No tenía que haber hablado. Sólo esperar la oportunidad para huir. Prometedme que no le diréis nada.

Mirad, así podremos hablar todos los días como queráis.

ALHARA.- No, si no me confiesas el motivo por el que no debo decirlo. Badul. Está bien, lo haré. (Se pone de pie por primera vez. Parece que la princesa no repara en ello.) Soy Badul, príncipe de Facundia.

ALHARA.- Mentira, el príncipe Badul fue devorado por un león, por ti.

BADUL.- ¿Cómo voy a devorarme a mí mismo?

ALHARA.- Yo no he dicho tal cosa. Tu pregunta tendría sentido si admitiera que eres el príncipe, pero no lo admito. Quizá al comértelo te contagiaras de su voz.

BADUL.- A ver si creéis que la voz se contagia como las paperas. Tenéis que creerme, princesa. Ya os lo explicaré, es una larga historia.

ALHARA.- Bien, y admitiendo que fueras el príncipe de Facundia, ¿por qué habrías de morir si lo supiera mi padre?

BADUL.- Porque acabaría conmigo para que nunca intentara recuperar mi reino, del que se ha adueñado. Por la misma razón que mató a mis padres.

ALHARA.- Falso, mi padre no pudo hacer esa barbaridad. Si ni siquiera fue a tu reino.

BADUL.- Lo hicieron sus hombres por mandato suyo. Era la única forma de conservar mi reino para siempre. Muertos mis padres, si me eliminaban a mí, el heredero, nada tendría que temer en el futuro.

ALHARA.- Estás mintiendo.

BADUL.- No miento. También yo estuve a punto de morir. Por suerte me refugié en la selva y logré burlar a vuestros soldados con este disfraz cuando me perseguían.

ALHARA.- Para salvarte.

BADUL.- Para matarme. Lástima que más tarde me cazaran con una red.

ALHARA.- No te creo, pretendes confundirme. Y lo de tus padres fue un accidente, una fatalidad de la guerra. La guerra que tu padre declaró al mío.

BADUL.- Falso, fue el vuestro quien se la declaró al mío.

ALHARA.- ¡El tuyo!

BADUL.- ¡El vuestro! (Breve pausa.) Es igual quien fuera, llevaban toda la vida peleando por tonterías. Parece que no tuvieran otra preocupación en la vida que disputar entre sí. (Recapacita.)

Sí, quizá la guerra la declarara mi padre.

ALHARA.- (Condescendiente.) O el mío.

BADUL.- No, el mío.

ALHARA.- ¡El mío!

BADUL.- No volvamos a discutir. Por lo menos, parece que habéis admitido quién soy.

ALHARA.- Yo no he admitido nada. Sigo pensando que eres un león.

BADUL.- Os he dicho la verdad. Tenéis que dejarme escapar antes de que descubran quién soy.

ALHARA.- No, no lo haré. Además, no tengo la llave, y aunque la tuviera, no te abriría. Si realmente fueras el príncipe, seguro que querrías vengar la muerte de tus padres.

BADUL.- Claro que sí, es mi deber.

Y el mío, proteger a mi padre. Jamás te abriré. Podría reconsiderarlo si me prometieras que renunciarías a tu venganza y que nunca atacarías a mi padre.

BADUL.- Yo soy hombre de honor. No puedo prometer lo que no he de cumplir. Me resignaré a este encierro. No, no lo prometeré. (El príncipe BADUL se retira al fondo de la jaula. Música suave de fondo.)

ALHARA.- (Dulcemente persuasiva.) No seáis así, renunciad a vuestra venganza. Aquí encerrado tampoco conseguireis vengaros.

BADUL.- (Sorprendido.) Ahora me tratáis no como al león, sino como al príncipe. ¿Significa que me habéis creído?

ALHARA.- Sí, os creo. Mirad, yo sí os prometo que, cuando sea reina, os devolveré vuestro reino y nunca trataré de arrebataroslo. Escondeos hasta entonces e intentad ser feliz en vuestra espera. Pensad que la venganza no es buena.

BADUL.- (Se acerca a ella.) Vos sí sois buena. Tampoco yo creo que la venganza lo sea, pero mi honor me obliga.

ALHARA.- (Lo mira con arrobamiento.) ¿No renunciaríais por mí?

BADUL.- (Se le acerca.) Ni siquiera por vos, aunque debo confesaros que sois lo que más me importa.

ALHARA.- (Se separa, herida.) Después de vuestro maldito honor. Vos lo habéis querido, príncipe de Facundia. Os pudriréis entre estos barrotes.

BADUL.- Entonces, ¿vais a revelar mi secreto?

ALHARA.- (Muy digna.) No lo haré. Pero nuestra amistad ha terminado. Nunca más volveré a veros ni querré saber de vos.

Quedaréis en mi recuerdo como un sueño, que con el tiempo languidecerá como una sombra hasta que termine por pertenecer sólo al olvido. Adiós.

(Se encamina, resuelta, hacia el lateral. El príncipe BADUL la ve alejarse y extiende una mano hacia ella.)

BADUL.- Aguardad.

(ALHARA hace mutis, a pesar de la desesperada llamada de BADUL. Arrecia la música y se torna inquietante. Entre los árboles asoma ATAJEL, que sonrío siniestramente. Oscuro. Se ilumina la zona del

palacio y cesa bruscamente la música. En escena, ATAJEL y el REY, que ríe divertido.)

REY.- (Suelta una carcajada.) Esto ya es el colmo. Te aconsejo que te retires una temporada y descanses. La guerra te dejó fatigado.

ATAJEL.- Creedme, majestad, le oí decir que era el príncipe de Facundia.

REY.- El príncipe murió, tú mismo lo dijiste. Lo buscaste inútilmente y encontraste su espada, lo único de lo que un príncipe jamás se separaría. Además, ¿cómo puede un hombre transformarse en león?

ATAJEL.- Lo ignoro, pero es él.

REY.- Estás loco, Atajel.

ATAJEL.- ¿Cómo podría convencerlos? (Breve pausa.) Os propongo una cosa, majestad. Decidle a vuestra hija que vamos a matar al león

y...

REY.- (Cortándolo.) Eso nunca, le partiríamos el corazón de dolor. Sabes cómo ama a ese animal.

ATAJEL.- Está bien, majestad. Decidle que vamos a enviarlo lejos, como regalo al rey de cualquier país lejano. Ella irá inmediatamente a contárselo y vos y yo los espíaremos escondidos entre la maleza del jardín. Así podréis comprobar que digo la verdad.

REY.- (Se queda pensativo.) Sí, es una estupidez, pero nada perdemos con ello. Desde luego, yo soy el rey del país, pero tú, el de la astucia.

ATAJEL.- Gracias, majestad.

REY.- Avisa a mi hija. Pondremos de inmediato en marcha tu stratagema.

ATAJEL.- En seguida, señor.

(Mutis de ATAJEL. El REY pasea por escena con síntomas de preocupación.)

REY.- No sé si esta locura merece el disgusto que puedo dar a Alhara. ¿Y si fuera cierto? ¿Pero cómo puede serlo? Yo no creo en embrujamientos. ¿Un disfraz? Nos habríamos dado cuenta. (Pausa.) Sea como fuere, si el príncipe Badul se ocultara en el león, tendríamos que acabar con él. No puedo permitir que ponga en peligro la estabilidad de mi nuevo reino. Además, querría vengar la muerte de sus padres y yo ya no podría dormir en paz el resto de mi vida. Sí, habría que acabar con su vida. Llevo demasiados años soñando con anexionar el reino de Facundia al mío como para permitir que, cuando lo he logrado, alguien pueda destruir mi sueño. (Pausa.) Maldigo la hora en que permití que el león se quedara en palacio. Nunca debí consentirlo. Odio a los leones porque en mis largas noches de insomnio ocupa mi mente la figura de un león despiadado que intenta devorarme. Es como si mi instinto intentara avisarme de un peligro incierto.

(Entran la princesa ALHARA y ATAJEL por el lateral.)

ALHARA.- Padre, ¿querías verme?

REY.- Sí, hija mía. Quiero hablarte de un asunto... (Carraspea.) delicado.

ALHARA.- ¿Delicado, padre?

REY.- Sí, sí. Verás, tú sabes que existe un rey poderoso al otro lado del mar.

ALHARA.- Sí, el rey Bajián.

REY.- Y que con él nos interesa mantener buenas relaciones, ¿verdad?

ALHARA.- Padre, que te veo venir. Si pretendes casarme con su hijo, no aceptaré.

REY.- No, Alhara, nada me agrada más, pero por el momento no aspiro a tanto. Precisamente, para fortalecer nuestras relaciones he pensado enviarle un importante presente en señal de amistad. Un regalo abre más puertas que mil gestos de amistad.

ALHARA.- (Alarmada.) ¿Qué presente?

REY.- He pensado que podría enviarle tu león.

ALHARA.- (Da un respingo.) ¿Mi león?

REY.- Sí, hija. Para nada nos sirve. Bien es verdad que poca carga significa para nosotros: apenas come si lo comparamos con lo que suelen comer los leones, no alborota, ni ruge de forma molesta.

Cierto que para ti es una distracción, como un juguete, pero piensa en los beneficios que podemos lograr si agradamos al rey Bajián.

ALHARA.- (Que se ha quedado pálida.) No, padre, el león no.

Envíale lo que quieras, que yo estaré de acuerdo.

REY.- El rey Bajián es rico y nada podemos ofrecerle que no posea. El único obsequio que puede apreciar es un ser vivo, lo sé.

ALHARA.- Pues envíale a Atajel.

ATAJEL.- (Se sobresalta, atrapado en su propia trampa.) ¿A mí? ¿Por qué, princesa? Si yo no valgo nada...

REY.- (Le guiña un ojo.) No te inquietes, Atajel. Alhara, hija mía, ten en cuenta que en el reino de Bajián no existen leones. Para él será un regalo digno del mayor aprecio y agradecimiento.

ALHARA.- No, padre, me niego. No puedes hacerme esto. El león es mío.

REY.- Pero yo soy el rey, y lo he decidido.

ALHARA.- Padre, por favor...

REY.- Ya ha partido un mensajero para anunciar al rey Bajián el envío de mi presente. Mi palabra es de rey, no puedo volverme atrás.

(ALHARA queda compungida.) Atajel, ocúpate de disponer todo. Quiero que mañana parta un carro con la jaula del león y que un barco la traslade hasta el reino de Bajián.

ATAJEL.- Así se hará, majestad.

(Se oscurece la zona de palacio y se ilumina el jardín real. BADUL

está tumbado en su jaula. Al cabo de unos instantes, llega la princesa ALHARA y él se levanta con prontitud. La transición será cubierta por música apropiada.)

BADUL.- Creí que no os vería más, princesa.

ALHARA.- No os enorgullezcáis, que así habría sido si un nuevo acontecimiento no me obligara a vencer mi orgullo y a visitaros.

BADUL.- ¿Un nuevo acontecimiento? Habéis revelado mi secreto a vuestro padre, ¿no es cierto?

ALHARA.- En poco estimáis mi palabra, sin duda porque la he roto para venir a veros.

BADUL.- Perdonad. Decidme ahora qué acontecimiento os preocupa.

ALHARA.- Mi padre ha decidido enviaros como regalo al rey Bajián.

BADUL.- Bueno, no es tan grave. Quizá allí pueda escapar. Además, el rey Bajián era amigo de mi padre. Tal vez si logro explicarle mi situación...

Pero si os envían tan lejos, significa que quizá jamás vuelva a veros.

BADUL.- ¿Y eso os preocupa?

ALHARA.- (Ruborizada.) Un poco...

BADUL.- ¿Sólo un poco?

ALHARA.- Por el momento. ¿Y a vos?

BADUL.- También.

Entonces, mirad. (Desprende una llave de su cinturón.) He conseguido hacerme con la llave de vuestra jaula. Os dejaré escapar y podréis esconderos en la selva. No os será difícil llegar a este jardín cuando lo deseéis. Podremos vernos con frecuencia.

BADUL.- Antes debo ir a mi reino.

ALHARA.- No importa, esperaré con resignación vuestro regreso.

BADUL.- Entonces, abridme cuanto antes, no sea que lleguen los hombres de vuestro padre para llevarme.

ALHARA.- Antes debéis prometerme algo.

BADUL.- Decidme qué y lo haré.

ALHARA.- Que renunciáis a vuestra venganza contra mi padre.

BADUL.- Creí que había quedado claro. No insistáis, os prometeré lo que queráis, salvo eso.

ALHARA.- Pensé que... Tonta de mí. (Vuelve a colgar la llave de su cinturón.) En este caso, no puedo libertaros. Sería traicionar a mi padre.

BADUL.- Lo comprendo. Y puesto que así ha de ser, despedámonos como amigos.

ALHARA.- (Se acerca a la jaula y él coge sus manos.) Siento que nuestra amistad termine así.

BADUL.- También yo lo siento. La historia a veces escoge el camino más difícil.

(Al estar tan próximos, el príncipe BADUL aprovecha para quitarle la llave sin que ella lo advierta.)

ALHARA.- Adiós, Badul, príncipe de Facundia. Que seáis muy feliz.
BADUL.- Y vos, princesa. Jamás os olvidaré.

(ALHARA se aleja entristecida. También BADUL observa su marcha con la mirada velada por la luz gris de la tristeza. Luego, se repone y se mira la mano, en la que esconde la llave. Entre las plantas emergen las cabezas de ATAJEL y el REY, quienes se encaminan tras la princesa. Se oscurece el escenario y se ilumina la zona de palacio, que se halla desierta. Entra el LEÓN, seguido por ATAJEL.)

ATAJEL.- Habéis podido comprobar, majestad, que no era fruto de mi imaginación ni del desvarío cuanto os dije sobre el león de la princesa.

REY.- Sí, y es terrible. Disculpa mi incredulidad, Atajel. ¿Cómo podía imaginar tal sinrazón! El enemigo dentro de casa. Mi vida ha corrido peligro, y qué decir de la de mi hija. Terrible, Atajel, terrible.

ATAJEL.- Sin embargo, ella era conocedora del engaño.

REY.- Una traición incomprensible, aunque perdonable, pues has oído cómo se ha negado a libertarlo por protegerme. Sobre su capricho ha triunfado el amor filial.

ATAJEL.- Eso la honra, majestad. Es digna de vos. No obstante, no comprendo cómo no os avisó.

REY.- Indecisiones propias de los pocos años.

ATAJEL.- Pero su comportamiento pudo poner en peligro vuestra seguridad. Incluso aún podría ponerla.

REY.- ¿Qué insinúas?

ATAJEL.- Sólo una advertencia: imaginad que cambiara de idea y decidiera abrir la jaula. Posee la llave.

REY.- ¿Cómo te atreves! Jamás mi hija cometería tremendo desatino.

ATAJEL.- Perdonad, majestad, sólo era una suposición.

REY.- Quizá tengas razón. Si no la princesa, cualquiera podría ayudar al príncipe a escapar. Debemos acabar con este peligro. Pero cómo no herir los sentimientos de mi hija.

ATAJEL.- Aun a costa de ello, debemos terminar con la vida del príncipe.

REY.- Del príncipe no, del león. Nunca supimos que bajo la piel del león se escondía el príncipe. ¿Comprendes, Atajel?

ATAJEL.- Admiro vuestra inteligencia, majestad. Así el asunto será más simple. (Maquinador.) Puesto que habíais anunciado a la princesa vuestra intención de regalar el león al rey Bajián, bien puede suceder que intente escapar durante su traslado y quienes lo custodien se vean obligados a darle muerte.

REY.- Sí, tu hábil plan me convence, Atajel. La princesa se entristecerá, pero finalmente comprenderá que sólo fueron culpables las circunstancias. Ocúpate de dar las órdenes para que la jaula sea trasladada de inmediato. Y luego, regresa, pues-pretendo que, hasta que se la lleven, montemos guardia personalmente junto a ella para tener la certeza de que no existe posibilidad de fuga.

ATAJEL.- Así lo haré, majestad.

REY.- Tráeme mi espada a tu regreso. No deseo correr el menor riesgo.

(Oscuro y luz al jardín. El príncipe BADUL permanece en la posición en que quedó al término de la escena anterior. Contempla la llave en su mano y, tras una vacilación, forzada por sus pensamientos, introduce la llave en la cerradura y abre la puerta. Luego, se desprende lentamente de la piel de LEÓN y la deja sobre el suelo de la jaula. Sale fuera, aunque parece ensimismado por algún extraño pensamiento, como si la duda dominara sobre lo que debería ser alegría incontenible por verse libre.)

BADUL.- ¡Oh, destino caprichoso y cruel! ¿Qué hondo sentido del honor me impidió renunciar a mi venganza si mi corazón clamaba porque lo hiciera? Gano la libertad, pero he perdido a la princesa. Con mi fuga sabrá que no nace un ser libre, sino un enemigo preso de la venganza. Estúpido de mí que he sobrepuesto el honor a lo que me pedía el corazón. ¿Cómo puede ser tan ciega la razón para imponerse a los sentimientos? Debería haber renunciado. ¡No!, ¿qué digo? Soy un príncipe y mi honor debe prevalecer sobre todo, incluso sobre mis sentimientos personales. Me debo a mi país y a mi pueblo. (Duda.) Pero, ¿es que no cuentan mis sentimientos? ¿Por qué? Yo amo a Alhara. Esa fue la razón que me impulsó a hablarle, y sin embargo nunca se lo confesé. ¿Será correspondido mi amor? Tendría que haber luchado por él. Pero con mi actitud, en vez de tu amor, Alhara, no sólo habré conquistado tu enemistad, sino también tu odio. Jamás me perdonarás. (La duda atenaza su alma. Lucha consigo mismo. Al fin, la calma lo invade. Resuelto.) Pues si mi amor ha de ser sepultado, yazca con él mi venganza. Renuncio a ella. Será el castigo que imponga a mi altivez. Sufriré por mi deshonor, pero no lucharé por recuperar mi reino. Que sean mis descendientes, si llegare a tenerlos, quienes recuperen el honor que conmigo muere.

(Música. BADUL abandona la escena. Instantes después, aparece entre los arbustos el DUENDE DE LAS PLANTAS.)

DUENDE.- (Hace señas hacia los arbustos.) Vamos, sal, no temas, que no hay peligro. (Para sí.) Vaya un rey de la selva venido a menos. Éste, como Sansón, es nadie en cuanto le quitan la melena. (De los arbustos, con mucho temor, surge el LEÓN vestido de antílope.)

Te prometí que tendrías de nuevo tu piel y así va a ser. Llevo meses esperando este momento para ti. Vamos, vamos, entra en la jaula y cámbiate de traje.

(El LEÓN obedece y se quita la piel de antílope, se la lanza al DUENDE DE LAS PLANTAS y comienza a colocarse la suya.)

Espero que nunca más cometas la estupidez de bañarte sin piel.

(Se oyen ruidos y voces lejanas. El DUENDE DE LAS PLANTAS se revuelve inquieto.)

Alguien se acerca. Date prisa. Yo me marchó, que si fuera visto por los humanos, perdería mis poderes y quedaría condenado a vagar entre la savia de un gran árbol.

(Hace mutis, con la piel de antílope bajo el brazo. Llegan el REY y ATAJEL. El LEÓN ha tenido tiempo para colocarse la piel, pero no para abandonar la jaula. Es sorprendido en su interior.)

ATAJEL.- (Asombrado, grita.) ¡Mirad, la jaula está abierta. Va a escapar!

REY.- ¡Maldición!, tenemos que impedirlo.

ATAJEL.- Vos tenéis espada.

(Desenvaina su espada y se la tiende a ATAJEL.) Tomad, os cedo mi espada y el honor de acabar con él.

ATAJEL.- (Con evidentes muestras de temor y astucia.) Sería injusto que, siendo vos el rey, os privara de tan alto honor.

(El LEÓN, a cuatro patas, sale de la jaula y se enfrenta retadoramente a los dos personajes. Por medio de «play back» se reproduce un fuerte rugido de león. ATAJEL, con el pánico vibrando dentro de su cuerpo, retrocede unos pasos. El REY, por el contrario, avanza y se enfrenta al LEÓN.)

REY.- Vamos, príncipe de Facundia, acércate, no te temo. No creas que me vas a impresionar con ese disfraz.

(Nuevo rugido.)

Acabará contigo como lo hice con tus padres, mis enemigos. Extinguido vuestro linaje, no habrá más rey en Facundia que yo. Gobernaré los dos reinos mientras viva, y, luego, continuarán haciéndolo mis sucesores hasta que vuestros nombres sean olvidados en la Historia.

(Ruge el LEÓN y adopta una postura de ataque, a un tiempo que, con cautela felina, avanza hacia el REY.)

No te gusta lo que digo, ¿eh? Quisiste embaucar a la princesa, pero te falló el plan. Has comprobado que mi hija me es fiel.

¡Muere!

(El REY, espada en mano, se lanza en frenético ataque contra el LEÓN, a la vez que éste, viéndose agredido, salta sobre el REY, que consigue clavarle la espada. Ruge lastimeramente el LEÓN, que, aunque mortalmente herido, apresa al REY y lo derriba. Ruedan por el suelo en desesperada lucha. Fuertes rugidos.)

ATAJEL.- (Que no se atreve a intervenir.) ¡Huid, majestad, huid!

REY.- (Extenuado. Con un hilo de voz.) ¿Cómo voy a huir!

¡Ayúdame, Atajel, ayúdame!

(ATAJEL retrocede un poco más, se da la vuelta y huye despavorido. Los dos contendientes han perdido sus fuerzas. Finalmente, el REY queda exangüe en el suelo. El LEÓN se levanta con dificultad e intenta dar unos pasos, pero no puede, se tambalea y cae junto al cuerpo sin vida del REY. Oscuro y música de transición. Cuando vuelve la luz, nos encontramos de nuevo en el jardín real. Ha desaparecido la jaula. Su lugar lo ocupa ahora un banco formado por troncos. En él está sentada una MUJER cuyo cuerpo y cabeza cubre con un manto negro. Por el lateral izquierdo entra un PEREGRINO, que intenta cruzar la escena. Camina con el cuerpo levemente arqueado, como si le pesaran los años o la vida, y viste una especie de hábito marrón, rematado por una capucha, con la que cubre su cabeza y oculta su rostro. Ve a la MUJER enlutada le hace un gesto con la mano.)

PEREGRINO.- ¡Alabado sea Dios, hermana!

MUJER.- Sea por siempre... (Sorprendida, se incorpora.) ¿Cómo habéis logrado entrar en el jardín de palacio?

PEREGRINO.- No os alarméis, señora. Soy un simple peregrino que arrastra su pena a lo largo del país para expiar sus culpas.

MUJER.- Bien, pero no habéis respondido a mi pregunta. ¿Como habéis logrado entrar?

PEREGRINO.- Ni siquiera hube de saltar los muros. Las puertas estaban abiertas.

MUJER.- Pero, ¿y la guardia?

PEREGRINO.- ¿La guardia? ¿Acaso sois recién llegada a esta parte del país? Debéis de ignorar, sin duda, que, desde que el rey murió, el palacio está medio abandonado, la guardia incumple sus obligaciones y los asuntos de gobierno no son atendidos.

MUJER.- ¿Es eso cierto?

PEREGRINO.- Lo es. La reina se ha recluido y no presta atención a sus menesteres. Se dice que se ha vuelto loca a causa de la muerte de su padre, y digo yo que ha de ser cierto. El pueblo está inquieto. Incluso deseoso de que alguien lo gobierne, son ya muchos los que piensan que debería regresar Atajel, a quien la reina, en cuanto accedió al trono, desterró del país. Fue su primer y único acto como reina.

MUJER.- Juzgáis duramente a la reina, según deduzco.

PEREGRINO.- Yo no juzgo, simplemente respondo a vuestra pregunta y os expongo los hechos como son.

MUJER.- No os preocupa, entonces, la desatención de vuestra reina.

PEREGRINO.- En absoluto. Además, no es mi reina. Yo provengo de otro país, aunque dominado por éste. Soy de Facundia, señora.

MUJER.- (Interesada.) ¿De Facundia? ¿Y qué se dijo allí sobre la muerte de vuestro príncipe?

PEREGRINO.- Se dijo que fue devorado por un león cuando huía de los soldados de vuestro país. Pero eso ya pertenece al recuerdo, que han

transcurrido más de dos años desde entonces.

MUJER.- ¿Y vos lo creísteis?

PEREGRINO.- Si se dijo, razones habría para ello.

MUJER.- No os comprendo, peregrino. La amargura mana de vuestra boca. Diríase que una pena embarga vuestro corazón.

PEREGRINO.- Tampoco vos representáis la imagen de la alegría.

MUJER.- Circunstancias que vos no comprenderíais me han obligado.

PEREGRINO.- Mi largo peregrinar me ha enseñado a ser comprensivo con los sufrimientos ajenos.

MUJER.- Y con los propios, ¿sois también comprensivo?

PEREGRINO.- Mi vida, señora, no la guía la desgracia sino el arrepentimiento. Yo renuncié a la felicidad por una pasión detestable, que se disfraza con el ropaje del orgullo y del honor: la venganza. Y ahora cumplo la penitencia por mi pecado.

MUJER.- Continúa, peregrino, que vuestra historia me interesa. Me ha recordado el origen de mi desgracia.

PEREGRINO.- Nada más hay que contar, señora, que así de simple es mi historia.

MUJER.- Pero decidme, al menos, si cumplisteis vuestra venganza.

PEREGRINO.- No, fue el destino el que se ocupó de hacerlo, aunque mi orgullo y mi honor no sintieron alivio porque ya había renunciado a la venganza.

MUJER.- Entonces, ¿por qué vuestro arrepentimiento?

PEREGRINO.- Porque mi renuncia fue tardía, cuando el camino que me habría de llevar a la felicidad había quedado definitivamente perdido.

MUJER.- ¿Y no os es posible encontrar de nuevo el camino?

PEREGRINO.- Ya no, porque si lo intentara, sólo hallaría las impiadosas espinas del odio.

MUJER.- Os comprendo y os compadezco, peregrino.

PEREGRINO.- ¿Quizá porque estáis acostumbrada a compadeceros de vos misma?

MUJER.- Quizá, aunque mi desgracia es bien distinta a la vuestra. Yo estuve ciega, pero llegué a ver con claridad.

PEREGRINO.- Pero eso no es una desgracia; más bien una dicha o un milagro, señora.

MUJER.- No, porque mi ceguera fue voluntaria, y cuando logré ver era también demasiado tarde.

PEREGRINO.- Nunca es tarde para ver.

MUJER.- Sí cuando por no querer ver la mentira se han cerrado los ojos a la verdad.

PEREGRINO.- No os comprendo.

MUJER.- No os molestéis, son cosas mías.

PEREGRINO.- Pero me interesan, creo que esconden un enigma que desearía conocer.

MUJER.- Simplemente os diré que tuve dos amores: uno me engañaba mientras el otro me gritaba la verdad. Desprecié al segundo por miedo a indagar en la mentira del primero. Y mi irresponsabilidad llevó a ambos a la perdición.

PEREGRINO.- ¿A ambos? Sigo sin comprenderos.

MUJER.- Perdí a ambos porque se enfrentaron y murieron, cuando yo pude haberlo impedido.

PEREGRINO.- ¿Y por eso ocultáis bajo esos negros ropajes vuestro dolor por su muerte?

MUJER.- No, lo hago para ocultar mi vergüenza.

PEREGRINO.- ¿Vuestra vergüenza? Podéis reprocharos, ¿pero avergonzaros?

MUJER.- Creedme, peregrino, si os digo que sois la primera persona a la que cuento mi desgracia. Quizá porque sois ave de paso y ni me conocéis ni os conozco, y porque posiblemente jamás vuelva a veros. Sabed que uno de mis amores era mi padre, a quien creía justo y bondadoso, pero del que, más tarde, supe que había sido despiadado con sus enemigos. El otro era... un león, al que, negándole su libertad, lo conduje a la muerte.

PEREGRINO.- (Sorprendido.) ¿Un león? Entonces, vos...

MUJER.- Estoy loca, ¿verdad? Ya lo dijisteis antes.

PEREGRINO.- No quise decir eso, sino que entonces vos sois la reina.

ALHARA.- (Se quita el manto negro.) Sí, lo soy. Y debería castigaros por vuestra osadía de fingir que no me conocíais.

PEREGRINO.- Y no os conocía, majestad. Acabo de descubrirlo por vuestras palabras.

ALHARA.- ¿Cómo, si lo que acabo de relataros nadie más que yo lo sabe? No os condenéis vos mismo con una mentira.

PEREGRINO.- (Con muestras evidentes de nerviosismo.) Permitid que me marche, majestad.

ALHARA.- No os inquietéis, que nada os haré. Sois libre de marcharos.

PEREGRINO.- Me otorgáis la libertad que negasteis al león.

ALHARA.- ¡Insolente! ¿Cómo os atrevéis!

PEREGRINO.- Perdonadme. Sólo una pregunta desearía formularos antes de partir. ¿Guardáis odio dentro de vuestro corazón hacia el león del que me habéis hablado?

ALHARA.- ¿Odio? No, mi único odio lo reservo para mí.

PEREGRINO.- Ahora comprendo vuestro abandono y desinterés por los asuntos del reino. Consumís vuestras energías en odiaros a vos misma.

ALHARA.- ¿Acaso vais a permitiros juzgarme?

PEREGRINO.- Nada más lejos de mi intención. Sólo extraía de vuestras palabras la conclusión de que os odiáis por la muerte de vuestro padre y del león. Pero, ¿qué sucedería si os dijeran que vuestro león no murió?

ALHARA.- No lo creería. Yo misma vi su cuerpo sin vida y cómo Atajel lo despedazaba con la espada de mi padre como si temiera que pudiera resucitar. Ese comportamiento y la maldad que descubrí en él me impulsaron a su destierro.

PEREGRINO.- ¿Y no habéis pensado que vuestro padre pudo enfrentarse a un auténtico león que había ocupado el lugar que antes correspondiera al príncipe?

ALHARA.- (Dibuja una expresión de sorpresa, sobresalto y temor.)

¿Cómo podéis saber vos que era el príncipe?

PEREGRINO.- Olvidad eso ahora y respondedme, ¿seguís amando al príncipe?

(Casi con miedo, como si se enfrentara a un ser sobrenatural.)

¿Cómo sabéis...?)

PEREGRINO.- (Cortándola.) Respondedme, ¿lo amáis?

ALHARA.- (Con timidez y cierta sumisión.) Sí.

(El PEREGRINO se despoja de su túnica y aparece vestido como al principio de la obra, aunque sin espada. ALHARA sufre un estremecimiento.)

BADUL.- Yo soy.

ALHARA.- (Temblorosa, negándose a aceptar la realidad que intuye.)

No os conozco. ¿Quién sois vos?

BADUL.- El príncipe Badul.

ALHARA.- (Como hipnotizada.) ¿Vos, Badul? ¿El príncipe de Facundia? No es posible. (Se repone.) Si lo sois, ¿por qué habéis permitido que sufriera tantos meses sin decirme la verdad?

BADUL.- Ignoraba que me creíais muerto. Además, pensaba que me odiabais por considerarme culpable de la muerte de vuestro padre.

ALHARA.- ¿Odiaros? Fue mi padre quien decidió acabar con vuestra vida.

BADUL.- También teníais razones para odiarme porque no fui capaz de renunciar por vos a mi venganza.

ALHARA.- Eso ya dejó de importarme. Sin embargo, me habéis dicho que renunciasteis después.

BADUL.- Y decidí también, como penitencia por mi error, renunciar a mi reino y consumir mi vida como peregrino errante por el vuestro.

ALHARA.- (Se acerca al príncipe.) No, Badul, eso es injusto.

Vuestro pueblo os necesita. Está sumido en la desesperanza porque os cree muerto. Hora es de que asumáis su gobierno. Desde este instante renuncio a gobernarlo y os concedo la independencia que mi padre os arrebató.

BADUL.- No, Alhara. Puesto que están unidos ambos reinos, dejemos que así permanezcan eternamente. Tiempo atrás debí confesarte mi amor, sin embargo aún es tiempo de poner voz a mi silencio. (Le coge las manos.) Y si mi amor es correspondido, nos despojaremos de nuestros sufrimientos y gobernaremos tú y yo ambos reinos, unidos en uno solo, no por imperativos de guerra ni por violenta anexión, sino, como en los viejos cuentos, por el amor.

ALHARA.- Y que nuestros hijos y nietos continúen hasta que ningún súbdito recuerde que existieron un día dos pueblos enfrentados por la ambición y la estupidez de dos reyes.

(ALHARA y BADUL se abrazan mientras los envuelve una música creciente y cae con rapidez el telón.)

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

